

EL HOMBRE Y LA VERDAD, UNA MIRADA A LA RELACIÓN ENTRE LO QUE SOMOS Y LO QUE CONOCEMOS

THE MAN AND THE TRUTH: A GLANCE TO THE RELATIONSHIP BETWEEN WHAT WE ARE AND WHAT WE KNOW

Heiver Marrugo Monterrosa- Abogado universidad de Cartagena, Magister en Derecho Universidad de Cartagena, Abogado Litigante y docente de derecho laboral y derecho privado en Fundación Universitaria Tecnológico Comfenalco. hemamo_724@hotmail.com

Coleen Krijgsman Miranda- Abogada Universidad de Cartagena, abogada litigante en el área de derecho comercial y marítimo. colleenkrijgsman@hotmail.com

Recibido 14/06/2017 – Aceptado 28/09/2017

Resumen: Desde que el hombre es hombre ha existido en él la preocupación por conocer el mundo que lo rodea. La preocupación ha acarreado siempre la incertidumbre acerca de si las cosas que observan son realmente como se le presentan, es decir, qué se pueden conocer. La respuesta dada no ha sido nunca definitiva y tal vez por ello la pregunta se ha repetido en distintos lugares y en distintas épocas. De hecho, en la actualidad todas las áreas que abracan las formas de lo que se reconoce como “conocimiento” se preocupan por definir sus propios límites para comprender no solo qué se puede conocer y cómo se puede conocer, sino también quién está en potestad de hacerlo.

Palabras clave: incertidumbre, religión, ciencia, verdad, relativismo, verosimilitud.

Abstract: Since man is a man, there has been a concern in him to know the world that surrounds him. Concern has always led to uncertainty about whether the things they observe are really as they are presented to them, that is, what can be known. The answer given has never been definitive and perhaps, for this reason, the question has been repeated in different places and at different times. In fact, currently, all the areas that embrace the forms of what is recognized as "knowledge" are concerned with defining their own limits to understand not only what can be known and how it can be known, but also who is in power of doing what.

Key words: uncertainty, religion, science, truth, relativism, verisimilitude.

“–Imagínate un gato tumbado en el suelo. Imagínate que una pelota entra en la habitación. ¿Qué haría el gato en ese caso?

–Lo he visto muchas veces. El gato correría detrás de la pelota.

–De acuerdo. imagínate luego que eres tú la que estás sentada en una habitación y que de pronto entra una pe-lota rodando. ¿Tú también te irías corriendo detrás de la pelota?

–Antes de hacer algo giraría la cabeza para ver de dónde viene la pelota.

–Sí, porque eres una persona, y buscarás indefectiblemente la causa de cualquier suceso. La ley causal forma parte, pues, de tu propia constitución.”

El mundo de Sofía, Jostein Gaarder

“Todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas”

José Martí

Contrario de lo que sucede con las demás especies animales, desde el surgimiento de los primeros grupos humanos, el hombre primitivo buscó explicaciones a los fenómenos que ocurrían a su alrededor; esto se debe, quizá, a que desde el punto de vista antropológico el hombre no asume la existencia de manera inmediata e instintiva, sino que la filtra a través del conocimiento, o lo que es lo mismo, su “representación intelectual de la realidad”.

“Por carecer de auténticos instintos, entre el hombre y el mundo entorno hay una instancia intermedia que determina la relación hombre-mundo y, por tanto, la vida del hombre. Se trata del conocimiento o representación intelectual de la realidad. Nuestro conocimiento de la realidad es, pues, decisivo en el éxito o fracaso de nuestra vida, no sólo biológica, sino espiritual. Si ignoro que una seta es venenosa y la ingiero, sufriré una intoxicación que puede ocasionarme la muerte. Y si ignoro que la esperanza es condición necesaria del amor, no moriré físicamente, mas mi vida espiritual corre el peligro de asfixiarse fatalmente.” (Sánchez, 2010)

Ahora bien, con independencia de las implicaciones filosófica y psicológicas que tengan las preguntas sobre qué tanto el hombre se conoce así mismo, es innegable que existe en su mente, individual y colectivamente, una noción, aunque sea vaga, sobre lo que es, lo que conoce y lo que puede llegar a conocer. Es esta noción la que permite el surgimiento de las demás nociones o conceptos que le permiten llegar a conocer las cosas que lo rodean. Desde conceptos sencillos y básicos desde familia y religión hasta conceptos más complejos como los de razón, verdad o ciencia.

La comprensión de la realidad ha inducido a variadas y complejas elucubraciones. Cada uno de nosotros desde la premura del nacimiento empieza a elaborar nociones de todo lo que acontece a nuestro alrededor, nociones que en un primer momento se relacionan con lo que oímos y percibimos –lo sensorial-, pero que a medida que crecemos adquiere un matiz conceptual relacionado con los modelos mentales y la conciencia –lo social-. Dicha conciencia nos permite significar y comprender los elementos, las personas y, en última instancia, sobre sí mismo.

Tener una noción de sí mismo es algo congénito al hombre, podemos asumir que, desde las organizaciones más incipientes, de las que no quedan registros, tuvieron un concepto, si bien no de ciencia sí de conocimiento y de

cómo obtenerlo; razón para creer esto es que las sociedades de las que sí quedan registro desarrollaron estos conceptos es sus primeras etapas. Ya es bien sabido que el hombre inicialmente encontró las respuestas a sus interrogantes en la naturaleza misma, de donde, poco después, surgió la mitología. Este fenómeno se repitió por igual en distintos pueblos alrededor del mundo, desde China, Grecia y el Indo hasta América Latina antes de la conquista.

El mito se refiere a “una irrupción del «otro tiempo» en el «tiempo de los hombres»” que da origen a la realidad, al mundo o a un elemento del mundo. (Taípe, 2004). En ese sentido se puede hablar de mitos cosmo-antropogónicos y mitos de origen, los cuales, respectivamente, dan una explicación a la creación del mundo y a la creación del hombre o narran fenómenos específicos del mundo o el universo, “de los seres y objetos que viven y existen en él, de los fenómenos sociales, políticos y económicos que acontecen entre los hombres” (Taípe, 2004).

El mito significaba para cada pueblo una explicación completa de la realidad, porque al mismo tiempo que explicaba hechos antiguos se les asignaba continuidad. En ese sentido Lévi-Strauss, citado por Taípe (2004), afirma que el valor intrínseco que se atribuye al mito se debe a que, aunque proviene de acontecimientos ocurridos en un momento pasado del tiempo, estos mismos “forman también una estructura permanente” que “se refiere simultáneamente al pasado, al presente y al futuro”. En ese sentido, según el mito también se le asignó carácter sagrado, y por su naturaleza social, lo que prohibía, prescribía, prevenía o auguraba el mito condicionaba las prácticas sociales y les atribuía consecuencias, por lo que se reconoce una función educativa del mito, transmitía valores y conocimientos de generación en generación, y también transmiten métodos de pensamiento, que le hacen pensar al hombre que conoce el universo (Taípe, 2004). No obstante:

(...) el mito fracasa en su objetivo de proporcionar al hombre un mayor poder material sobre el medio. A pesar de todo le brinda la ilusión, extremadamente importante, de que él puede entender el universo y de que, de hecho, él entiende el universo. Empero, como es evidente, apenas se trata de una ilusión (Taípe, 2004, p.21).

Esto significa, para nosotros, que en ese momento las sociedades asumían el conocimiento como algo accesible a todos, o por lo menos, a todos los miembros de un grupo específico, la preocupación por la verdadera de ese conocimiento aún no se planteaba. No había duda, se creía, en todo, en el mito completo, en lo que representaba y decía.

Por otro lado, Fustel de Coulanges (2007, p.10) nos habla de que los primeros grupos de hombres, luego de mirar hacia afuera, a la naturaleza, volvieron la mirada hacia adentro para encontrar sus dioses; el antepasado de cada familia, cada muerto en realidad, se contaba entre al que se ofrendaba y respetaba, no había un único Dios, así, con mayúsculas. Seguramente eso comenzó a calar en la psiquis de algunos hombres que lideraron la forma en la que se adquiría el conocimiento en la Grecia antigua. Los primeros filósofos, los llamados de la naturaleza, no se quedaron con las explicaciones míticas, sino que empezaron a buscar la razón de las cosas, se creían capaces de adquirir el nuevo conocimiento, usando como medio la observación y el poder de su mente. El orden eterno, el átomo, la geometría, comenzaron a dar explicaciones al mundo.

Para conocer y aprehender el mundo que los rodeaba, se pasó de buscar explicaciones a la existencia en la mera percepción de lo que los rodea, llenando los vacíos con explicaciones sobre dioses y pasaron a utilizar los sentidos como instrumentos para conocer. Este es básicamente el salto del mito al logos, una transición del pensamiento que parte del conocimiento de la realidad basado en el mito y la costumbre hacia la exploración de ese cuerpo de conocimiento por medio de otros estándares, dialogando críticamente el relato mítico con el fin de construir una línea y estructura de pensamiento nueva, lógica y racional (Sordo, 2014).

Resulta imprescindible resaltar que para los griegos la palabra *logos* tiene un significado plural, que implica de entrada que para su análisis hay que entender como era usada en su contexto originario. Logos proviene del vocablo griego *legein* el cual alternativamente podía significar hablar, narrar, dar sentido o recoger información, aunque se asoció también con la razón y el razonamiento porque lo que logos terminó siendo visto como “la razón discursiva a través de la palabra” (Sordo, 2014).

El conocimiento para los sabios griegos, primeros filósofos, los filósofos socráticos y los sofistas por igual, era una posibilidad a la que podía acceder; la preocupación sobre qué era cognoscible, precisamente, siempre estuvo presente entre ellos, qué límites había al conocimiento, por qué y para quienes eran válidos esos límites. Por un lado, los sofistas como Protágoras y Gorgias, no admitían una verdad absoluta. Gorgias, a quien se atribuye la obra *Sobre la naturaleza y el no ser*, cual propugnaba la noción de inaccesibilidad del conocimiento. La verdad no exista por su propio mérito, sino que es relativa, es decir, es verdad para nosotros lo que creemos.

Por ello, en *Sobre la naturaleza y el no ser*, sus máximas “Nada es”, “Si el ser fuera, no podría ser conocido o pensado” y “Si el ser fuera cognoscible, sería incomunicable”, (Gorgias, 2016) pueden ser vistas como una extensión de su pensamiento y no como una simple reducción al absurdo de las tesis sostenidas por otros pensadores, pues resalta la importancia del logos, o palabra en el pensamiento de los griegos y su estrecha relación con el conocimiento sobre todo para los sofistas.

Retomando, los filósofos socráticos utilizaban otros conceptos de *logos*, para ellos logos era razón. Platón, por sí mismo y poniendo palabras en boca de Sócrates, promovía la idea de que el hombre podía llegar a la verdad; el conocimiento mismo era un acercamiento a la verdad, superando el engaño de los sentidos y accediendo al mundo inteligible, el de las ideas (González, 2012), que son también inmutables.

En ese orden de ideas, para los filósofos, el hombre es un dios en potencia que podía mediante la episteme, o ciencia, (González, 2012) trascender lo inmediato de la forma al aprehenderla.

Los sofistas veían el *logos* como el medio, era “un poderoso instrumento de poder” y debido a que el uso de la palabra mediante el discurso, “cuidadosamente elaborada, puede seducir, persuadir y convencer al otro para lograr su adhesión” (Gastaldi, 1996). Por el contrario, para los filósofos socráticos, además de ser el logos la razón, también es la búsqueda de las explicaciones directas y racionales de la realidad, expresable por medio de un lenguaje riguroso, el cual fue la geometría. El punto de partida del logos es para Aristóteles el asombro ante la realidad, que permite que el hombre avance de su experiencia sensorial simple, que lo asemeja a los animales y mediante la episteme y los demás escalones puede llegar finalmente a la Sophia, y así realizar su potencial divino.

El logos es, al mismo tiempo, palabra y discurso, también es razón u orden universal y razón humana, la cual remite una noción interna al hombre pero que también se ve reflejada en una especie de lupa-espejo donde el logo del hombre puede llegar a penetrar en el logo del cosmos, del todo. Aquí la noción de episteme es clave pues a pesar de lo inmediato, de lo inminente existen elementos permanentes, eternos en el cosmos a los cuales la episteme es el primer paso para acceder por esa misma superación de lo inmanente.

Para Indo Montanelli (2016) el alejamiento de los griegos de sus religiones particulares, significó también el inicio del fin, pues esto ocasionó también que los griegos

sufrieran un profundo desarraigo hacia su patria.

El patriotismo de los griegos estaba estrechamente ligado a la religión, y morir por el propio país equivalía a morir por los suyos y viceversa. Es esto tan verdad que, cuando estos dioses fueron destruidos por la filosofía, los griegos, no sabiendo ya por quién morir, cesaron de combatir y se dejaron subyugar por los romanos, que todavía creían en los dioses (2016, p. 38).

A pesar de ello, la caída de los griegos, como pueblo, ante Roma, como imperio, no arremetió contra lo que se habían alcanzado para eliminarlo, sino que se permitió que, a pesar de la caída de las ciudades, muchos de los logros, conocimientos y conceptos permanecieran intactos. Con la decadencia y caída del Imperio romano de Occidente, en el siglo V, el mundo conocido cambió radicalmente, el pensamiento grecorromano fue dejado de lado porque todo comenzó a girar en torno a un dios, el Dios cristiano (Arellano, 2011).

El auge del cristianismo y su caracterización como religión oficial de la mayoría de las naciones hasta ese momento conocidas, causó un cambio en cómo se percibía al hombre, noción que ya había sufrido algunas modificaciones en Occidente desde la conquista de los llamados “pueblos bárbaros” y el apogeo del Imperio Romano, pero que con la religión cristiana cambia radicalmente. El hombre ya no es un dios en potencia como creían los griegos y los romanos ahora es un simple y llano ser que debe con su vida cumplir con las tres misiones que dios le recomendó, buscarlo, adorarlo y creer en Él; sus capacidades se deben reducir a eso.

Se niega con esto la libertad del hombre y sus capacidades, y se termina por aceptar que lo que él pueda realmente conocer, puesto solo tiene acceso a que Dios decida revelarle. Esto hizo que, en la edad media durante la dominación cristiana, la filosofía y el pensamiento en general estuvieran subordinados a la fe, lo cual no suena demasiado preocupante, pero que puede llegar a serlo si se toma en cuenta que todo aquel que no actuara de manera coherente con las órdenes religiosas o que insinuara no estar de acuerdo con la religión corría el riesgo de ser llamado hereje y perder su vida.

El teólogo Guillermo de Ockham llegó a afirmar que no podía existir una síntesis entre el logos, o razón, humana y la fe católica, esto principalmente porque la fe no es racional, puesto que Dios no es razón sino voluntad, y de esta manera se añade que el logo del hombre no puede

tocar el logos de Dios, porque es *A-logos*, no es racional sino voluntarioso. Esto tiene relación además con los llamados designios inescrutables de Dios, puesto que no se puede entender a Dios de acuerdo a los cánones de racionalidad que el hombre maneja, sino que las decisiones que Él toma se deben aceptar se deben aceptar sin más; estos son los límites de la capacidad humana de conocer.

Pero además de eso, se rechaza la validez misma de la ciencia, puesto que al afirmar que los universales no existen (Uña, 1990-91) y que el conocimiento es experimental, se puede llegar a la conclusión que solo se puede conocer y afirmar cosas singulares, y además por esto no se puede proceder por inducción, es decir, generalizando a partir de las impresiones, lo cual resume en pocas palabras el método que se utilizaba para obtener el conocimiento. El posterior rechazo durante el renacimiento y la edad moderna a los elementos cristianos por parte de la comunidad científica llevaron a que en la cultura occidental actual haya una separación entre fe y ciencia, entre fe y razón, haciéndolas totalmente contrarias y si se quiere seguir una casi que necesariamente se debe rechazar la otra.

Esto se ve reflejado en varios eventos que ocurrieron a lo largo de la historia occidental. Durante el renacimiento y como respuesta a la represión religiosa de la iglesia católica los humanistas buscaron una vuelta a los orígenes, a la cultura de los clásicos. Esto implica una nueva fe en el ser humano y en su valor, tanto que se llegó a hablar del hombre “estirpe divina vestida de humano”. El renacimiento también trajo un nuevo método científico, que implica una actitud totalmente renovada ante la ciencia. Se debe investigar la naturaleza con los sentidos, medir todo lo que se puede medir y lo que no se pueda medir, se debe hacer medible, decían los científicos renacentistas. He aquí la respuesta que la época le dio a la pregunta de qué se puede conocer, pues consideraron que todo era accesible a la mente del hombre porque todo era medible bajo algún estándar.

Descartes era uno de estos, y sostenía que no se puede reconocer como verdad a algo que no es reconocido claramente como tal. Para conseguir esto se debe dividir un problema complejo en tantas partes como sea posible, empezando a analizar las ideas más sencillas, yendo de lo simple a lo complejo. Y durante esto se debe hacer constante recuentos y controles para asegurarse de que no se había omitido nada. Entonces, es posible llegar a una conclusión sobre de lo que se nos presentó como problema. Este método era para Descartes, aplicable en

todas las áreas del conocimiento, desde la ciencia hasta la filosofía, puesto que la herramienta que empleamos en todos casos es la razón, que es la que nos proporciona conocimientos realmente seguros.

Pero la ciencia renacentista implica algo nuevo en cuanto a la utilidad práctica de la ciencia, “saber es poder”, la naturaleza fue intervenida y se buscó su dominación, para hacerla a imagen y semejanza de lo humano. Esto llevó a la comunidad científica europea, a un movimiento racionalista, casi, puro, que sentía aversión por los sentimientos, la época de la Ilustración. Kant lo sintetizó genialmente como:

La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. ¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirse de tu propia razón!: he ahí el lema de la ilustración (Kant, 2015).

La sociedad se volvió mecanicista y cerrada, y aunque pensadores como Rousseau señalaron la importancia de los sentimientos, pero solo lo hacían como crítica a la importancia exclusiva que se daba a la razón. Siguiendo esta línea un movimiento nuevo, el Romanticismo, que surgió como reacción contra el culto a la razón de la ilustración; y en el lugar de esta se pusieron la añoranza, el sentimiento, la imaginación, etc.

Surgió un culto casi desenfrenado al Yo, aprovechando la libertad que pensadores habían propuesto al exponer la importancia del Yo en la aportación del conocimiento, el artista también adquiere conocimiento a través del arte, inclusive.

En esencia el romanticismo es “la reivindicación de la multiplicidad y de las diferencias, la afirmación del contenido particular, e incluso singular, contra el predominio de las formas” (Etchegaray & García, 2001). En la época actual el hombre sigue indagando por los límites al conocimiento cosa que ha cobrado relevancia con el establecimiento del principio de incertidumbre de Heisenberg, que con el descubrimiento de que, al intentar medir la posición y velocidad de los electrones, descubre que, al introducir luz al experimento, está modificándolo y así habría que renuncia a saber algo para poder conocer lo otro; o conocemos la posición del electrón, o conocemos la velocidad a la que gira, pero no podemos saber ambos al tiempo.

Esto lleva a dos conclusiones de índole filosófica, la primera es que el hombre nunca podrá conocerlo todo: y la segunda, es que lo que se logra saber, depende del observador, pues este afecta lo que estudian y si el hombre afecta lo que estudia, se puede obtener, por tanto, la conclusión que la realidad depende entonces del observador. Y he aquí una de las dudas más colosales que se pueda imaginar, la duda sobre la realidad misma, sobre qué es y cuantas realidades hay. Si depende del observador, ¿se podría decir que hay una realidad por cada persona que existe? ¿o es la realidad una y solo vemos de ella lo que queremos?

Estas son preguntas que aun hoy no tienen una sola respuesta, y tal vez por los próximos años no la tenga. Pero ocurrirá algo que hará que las preguntas cambien, se obtenga o no respuesta a ellas, y ese algo es que la sociedad en la cual están inmersas esas preguntas, cambiará, sus intereses serán otros, mayores o menores, pero diversos, y lo que se considera importante y digno de ser conocido no será lo mismo.

Si hay algo que la historia de la filosofía y la ciencia nos muestran es que son equivalentes a la historia del hombre mismo, éste siempre ha buscado saber, conocer el mundo que lo rodea ya sea simplemente para entenderlo o para imponer su dominio sobre él. Consideramos que esto se debe a que desde su nacimiento el hombre se forma una noción de las cosas que los rodean, de las personas a su alrededor, del mundo en general, pero especialmente, de sí mismo. Esta noción de sí mismo es la base sobre y a partir de la cual, se construyen todas las nociones que se requieren para conocer estas cosas que hay a su alrededor, pues a pesar de todo, el hombre sigue siendo, para sí mismo, “la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son” (Protágoras, citado por Ostalé, 2014)

“Todos los hombres “apetecen naturalmente saber” y, sin embargo, todos los hombres nos engañamos. Del engaño, en su doble vertiente de error e ignorancia, surge la experiencia humana, demasiado humana, del límite al natural apetito de saber que pertenece al hombre. Apetencia que va más allá del gozo intelectual que produce la realidad conocida, y alcanza la felicidad de una vida cabalmente vivida. El ansia de saber, cuando no se cercena, se convierte en una sed insaciable que contrasta fuertemente con la posibilidad del engaño y vuelve a plantear de nuevo el interrogante sobre el sentido de la existencia humana, esta vez en el ámbito del objeto propio de la inteligencia: la verdad.” (Sánchez, 2010)

En ese sentido, la búsqueda de la verdad implica tratar de conocer lo que es el objeto, es decir la verdad ontológica, y encontrarnos con una verdad lógica o científica la conformidad de la realidad con el pensamiento; esto, porque la realidad no es algo que está exclusivamente afuera de nosotros, lo que denominamos propiedades de objetos no son características que les pertenecen sino relaciones entre los objetos que los sujetos. Si a alguien le parece una cosa, así será para él; independientemente de que alguien más la perciba de una manera distinta.

En el ámbito de la filosofía, lo anterior significa, enfrentar que la existencia misma no tiene absolutos, hay una relación relativista con lo que nos rodea; cada sujeto adjudica características a los objetos que los rodean en un momento específico. La esencia del dicho pitagórico es la relatividad del saber, el hombre define todas las que existen según su medida y de la misma manera define las que no tienen existencia. Pero lo hace en cada momento y en cada lugar de manera distinta, no hay acceso al conocimiento absoluto.

Pero, como es el concepto de hombre el que guía y forma a los demás conceptos que el hombre requiere, el concepto de ciencia no es inmutable ni en el espacio ni en el tiempo. Así, el concepto de ciencia no era igual en Grecia ni en el Indo hace 2.000 años; ni es igual el concepto que los griegos de hoy tienen de ciencia con los de los griegos de ese entonces; ambas cosas se explican tomando en consideración que el concepto de hombre y sus capacidades se modifican en el espacio y en el tiempo. Lo anterior no es solo arbitrario, sino que también es incorrecto y por las razones más básicas que se pueden imaginar. El hombre no define simplemente las ramas del conocimiento que necesita y con ellas moldea el concepto de ciencia que más les conviene, si no que este mismo concepto y el conocimiento que con él se logra obtener el hombre se ve moldeado y cambiado incluso de maneras que logran modificar todo el orden que se arma ahí.

Lo anterior puede ser descrito de esta manera, el hombre con su actuar crea lo que él considera ciencia, las cosas que conoce, las cosas que desea conocer y al tiempo las cosas que se atreve a conocer (porque el conocimiento conlleva una carga y la carga que podemos llevar define lo que es capaz de conocer). Pero el conocimiento adquirido por el hombre también lo define en general. Las cosas que aprende cambian quien es y cómo ve el mundo y sus elementos. Por consiguiente, el proceso de aprendizaje la adquisición de conocimiento, no es una actividad simple, y tampoco es un río que fluye en una sola dirección. Puede ser más correctamente descrito como un ciclo donde las

cosas parten de un punto para volver a él sin un final real. Pero para ser más exactos ese proceso de aprendizaje debería describirse no como un mero círculo, sino como un espiral, y como tal crece, aumenta y trae consigo el desarrollo que el hombre ansia y necesita.

Referencias

- Arellano, M. (8 de Octubre de 2011). Sobre la Edad Media y la supresión del conocimiento. Obtenido de Academia.edu: https://www.academia.edu/4217097/Sobre_la_Edad_Media_y_la_supresion_del_conocimientoto?auto=download
- de la Cortina Montemayor, E. D. (2002-2013). Gorgias de Leontinos. Recuperado el 5 de Abril de 2017, de Cibernous: <http://cibernous.com/autores/sofistas/teoria/gorgias.html>
- Etchegaray, R., & García, P. (2001). Introducción a la filosofía a través de su historia. La Plata: Al Margen.
- Fustel de Coulanges, N.-D. (2007). La ciudad Antigua. (P. E. Ltda., Ed., & M. G. Aparicio, Trad.) Bogotá, Colombia: Panamericana Editorial Ltda.
- Gastaldi, V. (1996). Sófocles y los sofistas: el poder del logos en Filoctetes. *Humanitas*(48), 21-28.
- González, S. S. (2012). Platón. El ideal de la ciudad justa. Cuaderno DUERERIAS, Serie historia de la filosofía-1, 3-53.
- Gorgias. (2016). De lo que no es o de la naturaleza: los testimonios. (L. A. Bredlow, Trad.) Madrid, España: Anthropos. doi:ISBN: 978-84-16421-43-5
- Kant, I. (2015). Filosofía de la Historia. México: Fondo de Cultura Económica.
- Montanelli, I. (2016). Historia de los Griegos. Madrid: Penguin Random House Grupo.
- Ostalé, J. (28 de Marzo de 2014). El hombre es la medida de todas las cosas. La Coruña, España. Recuperado el 5 de Abril de 2016, de https://www.academia.edu/6789806/El_hombre_es_la_medida_de_todas_las_cosas_Prot%C3%A1goras_
- Sánchez, Á. (2010). La verdad: encuentro del hombre

con la realidad. Madrid: Editorial Universidad Francisco de Vitoria.

Sordo, J. (2014 de Agosto de 2014). Los presocráticos: el paso del mito al logos. Recuperado el 8 de Abril de 2017, de Revista antropológica Homo Homini Sacra Res. Cultura y desarrollo: <https://www.homohominisacrares.net/suplementos/presocraticos/del-mito-al-logos.php>

Taipe, N. (Junio de 2004). Los mitos. Consensos, aproximaciones y distanciamientos teóricos. *Gazeta de Antropología*, 20(16), 1-25. Obtenido de <http://hdl.handle.net/10481/7267>

Uña, A. (1990-91). Guillermo de Ockham rechaza las Ideas. El giro filosófico de la modernidad y Platón. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*(8), 9-40.